

Históricas Digital

Camilo Vicente Ovalle

“Cierre: la historiografía como campo de disputa”

p. 99-101

Instantes sin historia

La violencia política y de Estado en México

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2023

112 p.

Figura

(Históricas Comunicación Pública 8)

ISBN 978-607-30-7254-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de diciembre de 2024

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/806/inst-antes-violencia.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2024, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

VI

CIERRE: LA HISTORIOGRAFÍA COMO CAMPO DE DISPUTA

Como se ha señalado a lo largo de este ensayo, la necesaria inscripción de la violencia política y de Estado en la comprensión de nuestra historia política y social reciente tiene que abrirse paso a partir de la crítica de la interpretación excepcionalista que desplazó el análisis de estas violencias. Sin embargo, esta necesidad no puede llevarnos al lado absolutamente contrario del análisis, en el que las violencias tendrían una sobredimensión sobre las otras formas de control político y de gobierno que configuraron la vida política de México durante el siglo xx. No se trata de alcanzar un punto medio, sino de comprender cuál ha sido el papel de las violencias políticas y de Estado en la configuración de nuestro presente, para tener elementos para su crítica y su transformación.

En este trabajo se pretendió trazar la ruta de una crítica y de algunos elementos para repensar las violencias políticas en la configuración del régimen político y las subjetividades insurgentes. Un aspecto relevante es que la violencia no fue un elemento externo al régimen político, que se usaba sólo cuando los mecanismos de control y gobierno fallaban o resultaban insuficientes ante las exigencias. La violencia aparece como un componente de la gestión política del régimen, que le permitió conservar los rasgos visibles que le daban legitimidad en ciertos periodos, como el consenso corporativo o el crecimiento económico. La violencia no es un elemento externo, pero tampoco sólo una reacción ante la insurgencia, como la última

instancia ante la intransigencia rebelde. La violencia de Estado ha sido, como ha señalado Carlos Montemayor, lo que subyace al desarrollo de unos y la miseria de otros.

Las violencias insurgentes no tuvieron una sola expresión en los grupos guerrilleros, como se ha supuesto, sino que conformaron un proceso amplio en el que participaron organizaciones campesinas, obreras, estudiantiles, de colonos, que independientemente de la toma de las armas, en distintos momentos enfrentaron cara a cara al régimen autoritario, y en ese proceso se fueron configurando nuevas formas de la subjetivación insurgente.

Otro aspecto importante que nos recuerda este recorrido es que la historiografía, es decir, la indagación histórica, en particular la que trata sobre las violencias políticas en el periodo reciente, de la década de 1960 a la actualidad, constituye en sí misma un campo de disputa política en sus propios términos o la continuidad, en el ámbito académico, de las batallas políticas del ámbito social. Por ello, una historia crítica sobre estos temas debe considerar como una parte inseparable la dimensión política de la investigación misma, no su exclusión o disfraz en una falsa pretensión de asepsia, sino su integración al método mismo. Por otro lado, esta disputa no sólo involucra a la academia ni se resuelve en las estrictas fronteras de la investigación historiográfica. Se tienen que considerar la diversidad de comunidades que interactúan en la producción de esta historiografía —investigadoras exmilitantes, familiares de víctimas, investigadores que participaron en la disputa política frente a las insurgencias como exmilitantes o miembros activos del partido hegemónico o de los partidos de izquierda— y las resistencias de la memoria autoritaria que anidan en el sistema político mexicano. Como nos recuerda Enzo Traverso (2000), “sus tensiones resultan permanentes entre el pasado y presente, la historia y la memoria, la experticia y el uso público del pasado; sus lugares de producción no se limitan a la universidad”.

Para desarrollar una crítica de la violencia, como se impone en un momento de emergencia, es necesaria su reinscripción histórica para comprender y desmontar sus principios

organizadores. Las y los historiadores tenemos una ardua labor que implica, en primera instancia, la revisión crítica de nuestra participación en la configuración de los marcos de comprensión de los procesos de violencia, su normalización o su borradura; en segundo lugar, esta crítica exige deshacernos de los viejos ropajes de una tradición inventada que sostiene que, para ejercer sus tareas con objetividad, las y los historiadores deberían permanecer a buen resguardo de las agitadas aguas del presente. Me parece que desde tiempo atrás hemos nadado en esas aguas y esos viejos ropajes ya nos pesan mucho.